

La Resurrección y el triunfo de Jesucristo.

§ I.

Jesús es la vida. Había padecido muerto, no como vencido, sino en calidad de vencedor, puesto que esta muerte iba à ser seguida de un magnífico triunfo que había de aherrojar al que tiene el imperio de la muerte, es decir, al demonio.

Catorce veces en el curso de sus predicaciones Jesucristo había anunciado que después de su Pasión y de su muerte, resucitaría al tercer día, y había indicado además que esta resurrección sería como el signo definitivo por el cual no solo sus Apóstoles,

sino tambien los mismos judíos infieles podrian reconocer algun dia era el Hijo de Dios.

“Esta generacion perversa y adúltera,—decia,—exige una señal, y no se le dará otras que la de Jonás. Así como este fué sepultado durante tres dias en las entrañas de un monstruo, del mismo modo el Hijo del Hombre, despues de haber sido entregado, abofeteado y crucificado, será colocado en el sepulcro, y resucitará al tercer dia.”

Los enemigos de Jesucristo conocian tan perfectamente esta profecía, y de tal modo comprendian su importancia, que su primer cuidado despues del descendimiento de la Cruz, fué vigilar al Santo Sepulcro, poner en él guardias, y cerrar con el sello público la entrada de la sepultura.

Esta prevision, inspirada á los judíos por su odio y su recelo, cede por completo en provecho de nuestra fé, así como la obstinada incredulidad de los Apóstoles, y principalmente la de Santo Tomás. Ante estos dos hechos combinados, las suposiciones de fraude que la impiedad opone, sin creerlas las mas veces ella misma, se convierten en una imposibilidad material.

Apesar de todo, siendo para nosotros la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo

lo que fué para los Apóstoles y lo que debía ser para los judíos, el signo de los signos, el milagro de los milagros, y la prueba de las pruebas, es de suma importancia conocer sus pormenores, y dar á nuestra fé el apoyo de la evidencia.

La Providencia Divina se ha dignado facilitarnos esta tarea rodeando la Resurreccion del Salvador de circunstancias determinadas hasta tal punto, que el buen sentido y la buena fé bastasen para resolver esta cuestion capital.

§ II.

San Pedro y San Juan se habian asociado á María y ocultándose para llorar y orar con ella. San Juan mismo confiesa en su Evangelio que se habian olvidado de la palabra profética del Salvador respecto á la Resurreccion. La Santísima Virgen, que era la única iniciada en el misterio de Jesucristo, sabia lo que iba á suceder; pero entonces, como antes, conservaba como escondidas todas estas luces en su corazon.

En cuanto á los demas Apóstoles, habiéndose dispersado acá y acullá desde la noche del juéves: sumidos en el abatimiento y en

una especie de desesperacion, habian pasado dispersos el dia del sábado y el de la Pascua, hasta que volvieron á reunirse la noche que siguió al sábado, y que precedió á la Resurreccion. Tomás Didimo, sobrecojido de un terror pánico, se habia alejado bastante de Jerusalem.

§ III

Desde la noche del viénes no cesaron de relevarse los guardas puestos por los judios en el sepulcro del Señor. Entretanto, las santas mugeres habian vuelto á Jerusalem y se habian apresurado para comprar porcion de perfumes, á fin de concluir el embalsamamiento del cuerpo de Jesus. No habiendo, pues, podido salir el dia del sábado, ignoraban como los Apóstoles, que los príncipes de los sacerdotes hubiesen enviado soldados para velar el sepulcro.

En el momento que empezaba á amanecer, la piedra sepulcral se estremeció de repente.

Un ángel brillante como el relámpago, se apareció ante los guardias aterrados, que calleron de espaldas: la puerta sellada se hizo pedazos, y saltó como vidrio, Jesucristo habia resucitado!....

Acabábase de cumplir su palabra. "Dejo, habia dicho, mi vida para recobrarla; nadie me la quita: por mi voluntad propia la abandono; tengo poder de dejarla y de recobrarla. Tal es el precepto que he recibido de mi Padre."

La muerte habia quedado vencida, y nuestro caudillo reconquistaba en aquel punto, mas para nosotros que para sí mismo, todo cuanto Adán habia perdido por el pecado.

Cuando se recobraron los guardias de su espanto, huyeron á la ciudad para referir á Caifas y á los príncipes de los sacerdotes lo que habia acontecido. Estos perseverantes en su mala fé, y obstinados por el odio, continuaron su crimen, y dieron á los soldados una suma considerable, á fin de que difundiesen, como en efecto lo hicieron, la noticia de que durante la noche, y mientras ellos dormian, los discípulos del Crucificado habian venido á llevarse el cuerpo. Rídícula é imposible fábula, tan desacreditada desde el primer momento, que nadie osó contradecir á los Apóstoles cuando en las plazas de Jerusalem y hasta en el templo descubrian abiertamente la grosera mentira de los enemigos del Señor. (1)

(1) En el siglo pasado, los filósofos impíos, á

§ IV

Pregúntase á veces en donde y de qué manera estuvo Jesucristo resucitado durante los cuarenta dias que mediaron desde el triunfo de la Resurreccion al triunfo definitivo de su ascension á los cielos.

En esta pregunta se contiene el grande y admirable misterio de la glorificacion de los cuerpos á que todos somos llamados por Jesucristo. En la tierra, en esta vida mortal, preparatoria é imperfecta, nuestros cuerpos se hallan en un estado como de enfermedad, y á causa del pecado en cierta decadencia, que debe un dia desaparecer. Este dia será el de la resurreccion de los

quienes se llamaban *espíritus fuertes*, dijeron y escribieron, apropósito de este supuesto robo del cuerpo del Señor, cosas verdaderamente increíbles pues no pudiendo presentar prueba ninguna de que el tal robo se hubiese hecho al aire libre, tuvieron valor de suponer que los Apóstoles habian abierto en treinta y siete horas una mina de un cuarto de legua de longitud, y oradando la *roca viva* sobre que está construida la ciudad de Jerusalem, y que forma esclusivamente el terreno del Gólgota. ¡Qué tal! ¿Se pueden decir mas disparates? Pues, sin embargo, á las gentes que tales sandeces escribian, se les llamaban hombres de talento.

cuerpos, en el cual entraremos con Jesucristo, rey de la gloria, en una vida toda espiritual, toda perfecta; estado que apenas podemos concebir, habituados como estamos á no ver nada en nuestro derredor que no sea material é imperfecto. Dejaremos entonces de estar sujetos á las leyes terrestres del tiempo y del espacio: sin convertirnos en puros espíritus, nuestro cuerpo será todo penetrado, todo perfeccionado por el espíritu: será espiritualizado ó *espiritual*, como dice San Pablo, laminoso, inmortal, impenetrable é invisible. De este modo, y mediante el Misterio de la Encarnacion, Dios nos revela un estado sobrenatural de la materia y de los cuerpos.

Tal fué Jesucristo despues de su resurreccion, y tales seremos nosotros en la eternidad. Hallábase, pues, el Salvador sobre la tierra sin ocupar lugar alguno, y á la manera de un espíritu, que era visible, sin embargo, cuando queria á las miradas corporales de los hombres, y hasta capaz de ser tocado, de hablar y aún de comer; porque este cuerpo resucitado, aunque espiritual y perfecto como era, era tambien real y verdaderamente un cuerpo humano. Despues de su Ascension, Jesucristo ha conquistada en su Sagrado Cuerpo un grado de glorio

mas absoluta aún; y San Ambrosio expresaba esta perfeccion última, diciendo que en el cielo Jesus es *Totus Deus, Dios todo entero*, todo en el Espíritu Santo, sin imperfeccion alguna terrestre en su Ser.

§ V.

María Magdalena, la pobre pecadora convertida, la cristiana fiel y animosa del Calvario, llevada de su amor, salió de Jerusalem el domingo de mañana antes de salir el sol. Deseaba ir á llorar junto al sepulcro de su buen Maestro, exponiéndose, sin saberlo, á los insultos de los soldados. Pero Jesucristo habia resucitado ya, en tanto que ella se dirigia á aquel lugar; y cuando Magdalena llegó al huertecito que rodeaba el sepulcro, los centinelas habian huido. Viendo con asombro la puerta abierta y quebrantada la loza, echó una rápida mirada al interior de la sepultura, y creyendo que se habian llevado el cuerpo, corrió precipitadamente para advertírsele á Pedro y á Juan, que salieron luego en direccion al sepulcro, acompañándoles á alguna distancia Magdalena.

La Santa Virgen, á cuya morada sin duda Magdalena habia ido á buscar á Pedro

y á Juan; quedóse sola en su estancia, y entonces fué cuando, segun la tradicion, su adorable Hijo se le apareció como á la primera y la mas digna de todas las criaturas. Era muy justo que Jesus manifestase desde luego su gloria á la inseparable compañera de sus humillaciones y de sus dolores.

Pedro y Juan corrieron hácia el sepulcro, no comprendiendo nada de cuanto les habia referido Magdalena. Juan, como jóven que era, llegó antes que Pedro, y asomándose á la entrada de la sepultura, vió en efecto el interior vacío; pero no se atrevió á entrar antes que Pedro, á quien Jesus habia designado de antemano, por Gefe de la Iglesia. Pedro, habiendo bajado las pocas gradas que conducian á la cavidad del sepulcro, se aseguró de la verdad. El sudario estaba allí todavía, y los lienzos que habian envuelto la cabeza del Hijo de Dios, se veian doblados y puestos aparte.

En la turbacion de sus pensamientos; ninguno de los dos apóstoles recordaba la gran promesa; y merced á este olvido, creyendo ellos tambien que habian sustraído el cuerpo, llenaron de asombro á los demás discípulos refiriéndoles lo que habian visto.

§ VI.

Santa María Magdalena que habia seguido á Pedro y á Juan, despues que éstos se marcharon arrodillose cerca de aquel sepulcro, que le traia á la memoria tan dolorosos y caros recuerdos, deshaciéndose allí en lágrimas. Acercóse despues nuevamente hácia la entrada del sepulcro, y entonces vió á cada lado de la losa sobre la cual se habia depositado el Cuerpo Divino á dos ángeles en figura de dos jóvenes vestidos de blanco, á la manera de los dos querubines de oro que Moisés por orden de Dios mandó colocar á cada extremo del Arca de la Alianza en el Santo de los Santos. Por una coincidencia fácil de comprender, el sepulcro ya desde entonces vacío de Jesucristo, tenia las dimensiones mismas del Arca de la Alianza, que desde entonces quedaba vacía de Dios.

La vista de estos dos ángeles hizo poca importancia á Magdalena, absorta como enteramente se hallaba en su profundo dolor.

—Muger, dijóle: ¿por qué lloras?

—Lloro contestó ella, porque se han llevado á mi Señor, y no sé dónde lo han puesto.

Y mientras hablaba de este modo, entrevió que á su lado y un poco á espaldas de ella estaba un hombre á quien tuvo por el hortelano encargado de cuidar aquel lugar fúnebre. Sin volverse la pobre Magdalena le dirigió la palabra llorando:

Si sois vos el que lo habeis llevado, decídmelo y manifestadme donde está.

Pero al oír una voz conocida y que la llamó por su nombre “¡María!” estremeciéndose todo su ser, y levantando los ojos, vió que quien le hablaba no era otro sino su adorable Salvador. En el primer transporte de alegría, y ardorosa en su amor como en su dolor, se arrojó á sus piés para besarlos; pero Jesucristo la contiene diciendole:

—No me toques; aun no he subido á mi Padre: vé en busca de mis hermanos; y díles que subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios.

Estas palabras del Señor son dignas de ser meditadas. Por la Encarnacion y la Redencion, el Hijo de Dios ha venido á ser nuestro hermano, haciéndonos participantes de su filiacion divina y dándonos derecho de llamar á Dios nuestro Padre. Por otro lado, siendo como es verdadero Hombre, viene á ser en razon á su humanidad el servidor y la criatura de Dios su Padre, sin

dejar de ser en todo igual al Padre, en razon de su Divinidad.

Magdalena obedeció la orden de su Maestro y se apresuró á ir al Cenáculo á noticiar la Resurreccion de Jesus á los Apóstoles, los cuales no la creyeron.

§ VII

Poco tiempo despues de esta primera aparicion de Jesus, sucedió que otras tres santas mujeres, Juana, María, madre de Santiago, y Salomé, se encaminaron al sepulcro con aromas para terminar la obra de piedad que habian empezado la tarde del Viérnes Santo. Preguntábanse con inquietud unas á otras, cómo podrian penetrar en el sepulcro, á causa de la pesada losa que habian visto colocar á su entrada, pues ignoraban en efecto cuanto habia pasado. Al acercarse vieron, con no menos sorpresa, que Magdalena, abierta la entrada del sepulcro, y á su lado volcada la piedra que lo cerraba. Entraron, pues, con precipitacion, y quedáronse espantadas á la vista de un ángel que se hallaba cerca del lugar en que habia descansado la cabeza del Señor. Pero éste las tranquilizó al momento con sua-

ves palabras: "No temais, les dijo, sé que venís en busca de Jesus Nazareno, el crucificado. Ha resucitado, no está aquí, no busqueis entre los muertos al que está vivo. Acordaos de lo que os decia en Galilea: "el Hijo del Hombre será entregado en manos de los pecadores y crucificado; pero resucitará al tercer dia. Id pues, y anunciad esto á sus discípulos, y en particular á Pedro."

Recordando efectivamente entonces esta profecía, llenas de un terror religioso, huyeron sin atreverse las tres mujeres ni aun á hablar entre sí. Pero hé aquí, que en el camino ven al Maestro, que saliéndolas al encuentro, les dice: "¡Dios os guarde!" Prostráranse ante El, y segun la costumbre del Oriente, le abrazan sus rodillas y piés, y Jesus les dice: "No temais, id y anunciad esto á mis hermanos: que vayan á Galilea y me verán allí." y desapareció.

Los Apóstoles y los discípulos no dieron mas crédito al testimonio de las tres mujeres que al de Magdalena, y las trataron de visionarias.

§ VIII

El dia de la Resurreccion, entrada ya la tarde, dos discípulos se dirijian á una aldea,

llamada Emaus, poco distante de Jerusalem. Con triste desaliento iban hablando de la venida del Mesías, cuando Jesus, llegando á ellos, y caminando en su compañía, les preguntó el motivo de su tristeza y de su conversacion; ellos se lo dijeron ingenuamente, y añadieron: “Esperábamos de nuestro Mesías la salud de Israel; pero hé aquí el dia tercero y nada ha sucedido.” — ¡Insensatos! dijoles el Señor, ¿por qué rehusais creer lo que han dicho los Profetas? ¿No convenia que Cristo sufriese de esa suerte para entrar en su gloria?” Y comentando á Moisés y á todos los Profetas, el Divino Viajero descubria á sus compañeros el misterio de las Escrituras, y les explicaba de qué modo están llenos de Jesucristo.

Llegados á Emaus, le rogaron se detuviese con ellos en la posada y participase de su comida; y Jesus, habiendo tomado el pan lo bendijo como en la Santa Cena, lo partió, lo consagró en su cuerpo adorable y lo dió á sus dos convidados, quienes abriendo entonces sus ojos, reconocieron al Señor; pero El desapareció.

En cuanto á ellos, llenos de un fervor santo, salieron de la posada y volvieron apresuradamente á Jerusalem, á donde llegaron ya de noche. — “Nuestro corazon, se

decian uno á otro, ¿no estaba ardiendo mientras que no nos hablaba en el camino?” — Los Apóstoles y los discípulos les refirieron todos los sucesos de aquel dia; y ellos á su vez como el Señor se les habia aparecido, y de qué modo lo conocieron al partir el pan. Pero apesar de aserciones tan positivas, los demas no querian creerles.

Esta obstinada incredulidad de los Apóstoles, es verdaderamente providencial, y da una fuerza infinita á su testimonio acerca de la Resurreccion.

§ IX

Pero hé aquí que, hallándose cerradas las puertas de la habitacion en que estaban congregados los Apóstoles, repentinamente Jesucristo se aparece de pié en medio de ellos, y les dice: “La paz sea con vosotros, soy Yo, no temais.” Ellos creyeron ver un fantasma, y quedaron sobrecojidos de espanto. — “¿Por qué teméis, les repitió entonces la dulce y santa voz de Jesus: ¿qué pensamientos os agitan?” Y enseñádoles sus manos y sus piés en que habia querido conservar las llagas de la Redencion. “Mirad y tocad, les dijo: soy Yo; un fantasma no tie-

ne carne ni huesos." Pero como dudasen todavía, vacilando sus animos entre la alegría y el estupor, el buen Maestro, lleno de indulgencia para con su debilidad, añadió: "¿Teneis algo que comer?"—Y habiéndole ellos ofrecido un pescado asado y un panal de miel, Jesus comió á su vista, y les dió lo que quedaba.

Con esto, en fin, los Apóstoles quedaron convencidos; como quienes veían con sus ojos y tocaban con sus manos, y entonces sucediendo en ellos al exeso de desaliento el colmo de la alegría, prosternáronse ante el Hijo de Dios y le adoraron, no sin que El les reprendiese su tardanza en creer, y la dureza de su corazón. Despues iluminó sus espíritus, á fin de que entendiesen las Escrituras, y les dijo: "Todo lo que ha ocurrido se hallaba escrito: era necesario que Jesucristo padeciese y que resucitara de entre los muertos al tercer dia: y ahora es necesario que se predique en su nombre la penitencia y la remision de los pecados por toda la tierra, empezando por Jerusalem..." "¡La paz sea con vosotros, les dijo segunda vez, con una majestad divina: así como mi Padre me ha enviado, Yo os envío á vosotros." Despues, soplando sobre ellos, les dice: "Recibid el Espíritu Santo: los pecados

que perdonareis, serán perdonados, y los que retuviéreis, serán retenidos."

Admirable armonia entre la Resurreccion de Cristo y la resurreccion de la humanidad pecadora! El dia mismo de Pascua, el Dios Salvador instituye la confesion, (1) Sacramento Supremo de su misericordia, triunfando así de la muerte y del pecado en todos los hombres.

Vencedor del demonio, Jesus nos hace ce partícipes de su victoria. Perdona nuestros pecados, comunicando á sus sacerdotes el poder de remision que á El solo pertenece, y convirtiéndolos de este modo en verdaderos Salvadores, los envia á todos sus hermanos con la misma mision y la autoridad misma que El ha recibido de su Padre. *Así como mi Padre me ha enviado Yo os envío á vosotros!* ¡Qué respeto, pues, no debemos tener á los Sacerdotes de Cris-

(1) Otros autores suponen que Jesucristo instituyó el Sacramento de la Penitencia en la noche de la Cena, en el Lavatorio de los pies: y que en tiempo de esta ceremonia les perdonó todos sus pecados para que pudiesen comulgar dignamente; y que Nuestro Señor despues de su resurreccion publicó que ya podian confesar: como quiera, siempre tenemos, que al menos fué instituido despues de Pascua, y que fué instituido por Nuestro Divino Salvador. Nota del Editor.

to, y cuán grande no debe ser nuestra gratitud por esta institucion del Sacramento de la Penitencia!

Los protestantes, extraviados como están del camino cristiano, se esfuerzan por debilitar la claridad; tan terrible para ellos, pero tan consoladora para nosotros, de la promesa del Cenáculo. ¿Qué sentido, si no es el católico puede darse á estas palabras tan sencillas como positivas? “*¡Los pecados que perdonáreis, serán perdonados; y los que retuviéreis serán retenidos!*”

§ X.

El Apóstol Santo Tomás, oculto á la sazón fuera de Jerusalem, oyó hablar de lo que habia acontecido; y recobrado de su terror, volvió á la ciudad á reunirse con sus hermanos. Pero en vano éstos le dicen una y otra vez, que habian visto á Jesus resucitado, que habia comido El mismo en su presencia, que se habia aparecido en varias ocasiones y en diversos lugares á sus Apóstoles; todo en vano, pues Tomás se negaba á creerlos. “Si no meto mis manos en el agujero de su costado, decia, y no toco con

mis dedos las llagas de sus manos y de sus piés, no lo creeré.”

Como al octavo dia despues de Pascua, los Apóstoles, y esta vez Tomás con ellos, estuviesen reunidos en el Cenáculo para la oracion, hallándose cerradas las puertas y las ventanas de la sala, Jesus se presentó derrepente ante ellos, y dirijiéndose á Tomás Didimo: “Dame tu mano, le dijo, y acércala á mi costado: introduce tu dedo en mis llagas, y no seas incrédulo, sino fiel.”

Vencida ya con esto la incredulidad del Apóstol, prosternóse, y lleno de arrepentimiento y de fé, exclamó: “Señor mio, y Dios mio.— *Dominus meus, et Deus meus.*”

Y Jesus le dijo severamente: “Porque has visto, Tomas, has creído; bienaventurados los que no han visto, y sin embargo han creído.”

Ved, pues, aquí el último testimonio que en la incredulidad del Apóstol Tomas se nos ofrece de la evidente Divinidad de Jesucristo. Con harta razon, dice San Gregorio: permite Dios para la confirmacion de nuestra fé este prodigio de incredulidad; pues que si, apesar de tantas aseveraciones nuestra ceguedad fuere tan grande que rehusáramos creer á los Apóstoles, ¿cómo negarse á creer la afirmacion de Santo Tomás?

Nosotros los católicos somos esos bienaventurados que creen sin haber visto, y los que de diez y nueve siglos á esta parte repetimos al pié de Jesus el grito de la fé, de la adoracion y del amor: *¡Dominus meus, et Deus meus!*

§ XI.

Resucitado el Salvador, permaneció cuarenta dias sobre la tierra, apareciéndose frecuentemente á los suyos y hablándoles del Reino de Dios, es decir, de su Iglesia. De ésta se ocupó en sus últimas conversaciones, dando á los Apóstoles los correspondientes documentos para la predicacion del Evangelio, para la organizacion del gobierno de los fieles y de la gerarquía de los pastores, para la administracion de los Sacramentos y para la direccion general de las cosas santas.

En una de sus apariciones á orillas del lago de Genezareth, preguntó á San Pedro en medio de sus hermanos:

—“Pedro ¿me amas mas que éstos?”

—“Sí Señor: respondió Pedro; Vos sabeis que os amo.”

—*Apacienta mis corderos.*

Preguntóle segunda vez:

—“Pedro, hijo de Juan, ¿me amas?”

—Señor, Vos sabeis que os amo.

Y repitió Jesus: *Apacienta mis corderos.*

Finalmente, habiéndole preguntado el Salvador por tercera vez—¿Me amas? curado Pedro de su presuncion pasada, y temiendo de su propia debilidad, le respondió todo conmovido:

—“Vos lo sabeis todo: sabeis bien que os amo.

Entonces Jesus le miró amorosamente, y le dijo:

—*Apacienta mis ovejas.*

Los corderos de Jesucristo son los fieles, cuya reunion componen la Santa Iglesia; y las ovejas de Cristo son los obispos que regeneran á los fieles en la vida espiritual. Pastores respecto de los fieles, ovejas respecto de los corderos, los obispos estan á su vez sometidos al cayado de Pedro, Pastor Supremo, representante visible del Pastor Celestial. Por aquí se ve, pues, que la gerarquía católica esta constituida por el mismo Salvador. El Papa, vicario de Jesucristo, y depositario universal de su poder, enseña, gobierna sin apelacion á todos los miembros del Reino de Dios sobre la tierra: su autoridad no es una autoridad humana,

sino la aútoridad divina de Jesucristo, Señor Nuestro, por cuya virtud su enseñanza es infalible, su fallo, sin réplica. El que se separa del Papa, se separa de Dios y de Jesucristo: el que le escucha, escucha á Jesus; y el que le menosprecia, menosprecia á Dios.

El Obispo debe obedecer al Papa lo mismo que el simple fiel, y si es posible, mas perfectamente aún que él, estando obligado por la santidad de su vocacion á virtudes mas excelentes. Por medio de esta obediencia y de esta unidad de espíritu, se hace participante á su vez de la infalibilidad divina del Soberano Pontífice, y su gobierno descansa sobre firme roca.

Finalmente, el sacerdote y el simple fiel deben un humilde y filial respeto al Obispo, como obligados que uno y otro estan á venerar en él al Cristo, Pastor de los Pastores, y cometiendo un gran crimen si se rebelan contra su autoridad santa.

§ XII.

A los cuarenta dias despues de Pascua, el Señor se apareció por última vez á sus discípulos cerca de Jerusalem. La Santa

Virgen, los once Apóstoles y mas de quinientos discípulos se hallaban presentes. Era el medio dia, Jesucristo condujo á esta devota muchedumbre al Monte de las Olivas á un sitio que sabemos cual fué por la tradicion y por los libros santos.

—“Hé aquí,—dice á sus Apóstoles,—que voy á enviaros del cielo al prometido por mi Padre, y vais á ser regenerados en el Espíritu Santo. Vosotros dareis testimonio de Mí en Jerusalem, en toda la Judea y hasta en las estremidades de la tierra.

Despues levantando las manos para bendecirlos, añadió:

—¡Todo poder me ha sido dado en el Cielo y en la tierra. Id pues, y predicad el Evangelio á toda criatura; instruid á todas las naciones, y enseñadles á observar mi ley. Bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y ved que estoy con vosotros hasta el fin del mundo!

Y mientras que Dios hecho Hombre dirijía á sus Apóstoles esta solemne despedida, se elevó majestuosamente á vista de toda la muchedumbre prosternada, y en seguida una nube luminosa lo ocultó á las miradas de todos.

El Misterio de la Encarnacion quedaba

consumado en la tierra; pero Jesus no debia dejarnos huérfanos; y así es efectivamente que, aunque El está en el Cielo, mora, sin embargo entre nosotros por el doble misterio de su Eucaristía y de su Iglesia.



Jesus presente en el mundo por la Eucaristía.

§ I

Aunque es verdad que Jesucristo ha abandonado este mundo, no lo es menos que está aun en el mundo, si bien no está como en otro tiempo, de una manera terrestre, material y corruptible; sino de un modo enteramente celestial y perfecto, inmanente y divino, en el Sacramento de la Eucaristía, por medio del cual mora perpetuamente entre nosotros, como un padre entre sus hijos, como entre sus súbditos un monarca. Con deliberado propósito, y reservándo-